

Álvaro de Laiglesia



Morir
con las medias puestas

Mapi, la famosa heroína de las mejores páginas de Álvaro de Laiglesia, había sentado la cabeza y renunciado a su ajetreteada existencia al casarse con Chus Elorrieta, propietario de una tienda de comestibles de Tolosa; durante unos años fue una esposa fiel, pero la responsabilidad de su vida se vino abajo cuando su marido murió de un tiro fortuito en el curso de una manifestación; la viuda Elorrieta, ex Mapi, descubre entonces que Chus era un activo colaborador de la M.A.T.A., organización terrorista muchísimo más radical que la E.T.A., comprueba también que los amigos de su difunto esposo lo sabían y que ponen precio a su silencio, y por fin Mapi vende la tienda, se va del País Vasco e inicia una nueva serie de pintorescas y regocijantes aventuras que tienen como telón de fondo la España de hoy, tan distinta de la que fue escenario de sus antiguas peripecias. El humor de Álvaro de Laiglesia vuelve así por sus fueros con el más célebre de sus personajes, situado ahora en el marco de la más rigurosa actualidad.

«Aquellos polvos trajeron estos lodos...».
«Polvo eres y en polvo te convertirás...».
«Estoy hecho polvo...».
¡Está visto que los hombres sólo piensan en eso!

MAPI

PEDAZO 1

HE OBSERVADO que los tiros al aire son inofensivos, siempre que a ningún estúpido se le ocurra asomarse a un balcón. He observado también que en ese caso hay muchas probabilidades de que los tiros al aire puedan sacudirle en el coco al estúpido imprudente, dejándole lo que se dice como un pajarito.

Eso mismo le ocurrió a mi marido aquella tarde nefasta: que se interpuso en la trayectoria de un tiro que iba dirigido al aire, y la bala se le detuvo en el interior del cráneo porque ya no llevaba fuerza para perforar un orificio de salida.

—Es una imprudencia que te asomes, Chus —le había advertido yo cuando le vi abrir el balcón para asomarse.

—Pero si es una manifestación pacífica, mujer —insistió él.

—Todas lo son al principio, cuando están frías y recién formadas. Pero a ésta le sucederá lo mismo que a todas —pronostiqué—: que a medida que se vaya moviendo, se irá calentando. Y será pacífica hasta que llegue a ponerse en contacto con los guardias. Cuando se produzca esa fricción, saltarán chispas.

Y mi pronóstico se cumplió, porque una tiene un ojo bárbaro para pronosticar: en cuanto los manifestantes llegaron junto al cordón policial, o sea a juntarse con la fila de guardias formada en la plazuela que queda muy cerca de nuestra casa, se produjeron algunos gritos y porrazos. Como siempre en estos casos, nunca se supo si los porrazos

motivaron los gritos, o fueron los gritos los que desencadenaron los porrazos. El caso es que los manifestantes gritaban mientras los guardias golpeaban negándose a retroceder, manteniéndose firmes a pesar de las presiones y empujones que partían de la manifestación.

Imagino que en este tira y afloja, para no ceder terreno, sacaron sus armas y efectuaron unos disparos al aire de los que llaman «de intimidación», por llamarles de alguna manera. Con la mala pata de que dispararon justamente cuando mi marido acababa de asomarse a fisgar donde nadie le llamaba.

—¡Chus, amor! —le llamé al oír los disparos—. ¡Entra ya! ¿Me oyes?

Pero él no entró ni podía oírme tampoco, por el motivo siguiente: el balazo le dejó asomado al balcón, caído sobre la balaustrada, con los brazos colgándole por fuera y como si se hubiese inclinado para ver mejor la calle. Y con esa inmovilidad absoluta que sólo da la muerte.

—¡Chus! —insistí—. ¿Quieres entrar de una puñetera vez?

Claro está que el hombre quería, pero el pobrecito no podía. Y como yo no lo sabía, salí al balcón para obligarle a entrar.

Sólo entonces me percaté de lo que había sucedido. Y al percatarme lancé unos gritos tan desgarradores, que mismamente parecían aullidos. Tan fuerte aullé que la muchedumbre formada por guardias y manifestantes, enmudeció. Fue un silencio brusco, como si presenciando una película de acción, en plena batalla de indios y vaqueros, se cortara de pronto el sonido.

Cientos de rostros se volvieron hacia mi balcón en el tercer piso de la casa, mientras yo seguía aullando y llorando al mismo tiempo en confuso revoltijo de dolor y terror. La inmovilidad de Chus, subrayada por un chorrillo de sangre que le manaba de la barbilla por donde le había entrado la bala que le dejó patitieso, hacía innecesaria la expli-

cación de la escena. Saltaba a la vista, y también al oído con mis gritos, lo que había sucedido. Y como mi balcón se veía perfectamente desde todos los ángulos de la calle, e incluso de la plazuela próxima, todo el mundo se dio cuenta de que mi marido, Jesús Elorrieta, acababa de morir.

La manifestación que había empezado siendo pacífica, como todas las manifestaciones, comenzó a encrespase, pues los hombres vienen a ser lo mismo que los tiburones: se excitan en cuanto huelen la sangre. O en cuanto la ven, como en este caso, pues el chorrito que brotaba de mi marido iba dejando un pequeño charco en las blancas losas de la acera, al pie del balcón.

—¡Asesinos! —empezaron a gritar los manifestantes primero esporádicamente, o sea por aquí y por allá, y luego cada vez más al unísono, como muchedumbre futbolera que une sus voces formando un coro para insultar al árbitro —: ¡A... s... e... s... i... n... o... s...!

Los policías, conscientes de que aquel muerto era obra suya aunque fortuita, no se atrevieron a efectuar nuevos disparos al aire por si a algún otro imbécil se le ocurría la imprudencia de asomarse a otro balcón. Y aguantaron los insultos a pie firme, limitándose a repartir algunos porrazos entre los manifestantes que les pillaban más cerca.

Mientras tanto el oficial que mandaba la compañía, un capitán tan jovencito que parecía un alférez, subió corriendo las escaleras hasta el tercer piso y se puso a aporrear la puerta de mi casa.

—¡Abran, por favor!... ¡Policía!... ¡Abran la puerta!... ¡Por favor!...

Como yo estaba en el balcón paralizada por el espanto, inmóvil junto a mi pobre Chus que estaba más inmóvil todavía, tardé algún tiempo en oír los golpes y las súplicas del oficial. Cuando por fin le abrí, las cosas en la calle se iban poniendo cada vez más feas. Como nubarrones cargados de electricidad, así se iba espesando la multitud. Y cre-

cía la tensión hasta el punto de que la tormenta se adivinaba a punto de estallar.

—Usted perdone, señora —se excusó el capitán al entrar—. ¿Ha sido en este piso donde mis hombres han herido a un inquilino?

—¿Cómo herido? —me indigné—. ¡Lo han matado y bien matado! Y no era un inquilino como usted dice, sino mi marido.

—Quizá no haya muerto aún —aventuró el oficial deseando consolarme por todos los medios a su alcance, y por otros que desgraciadamente ya no podía alcanzar—. Puede que sufra una hemorragia producida por el choque con una bala de goma...

—Si acaso de goma-dos —le interrumpí—, porque casi le vuelan la cabeza. Salga usted al balcón a comprobarlo.

Llegaba hasta nosotros, desde la calle, el estallido de la tormenta con el coro de voces broncas que sonaban como un trueno, o sea mucho.

—¡Asesinos!... ¡Asesinos!...

—No me parece oportuno salir ahora —opinó el capitán, que a consecuencia sin duda de haber subido las escaleras corriendo, se había puesto muy pálido—. Además, si fuera verdad lo que usted dice de que el herido ha pasado a la categoría de difunto, no conviene que salga nadie a tocar nada. Hay que esperar a que venga el juez, a levantar el cadáver.

—Supongo que si saliera usted ahora al balcón —gruñí rencorosa—, serían dos los cadáveres que el juez tendría que levantar.

—Comprendo lo que usted siente en estos momentos —me disculpó él con generosidad—, ya que debe de ser sumamente fastidioso quedarse viuda tan de repente y por una balita de nada. En resumidas cuentas, por una bobada. Porque me imagino que su marido se asomaría por pura curiosidad.

—Pues sí —le expliqué—. Oímos el rumor de la manifestación que se iba concentrando en la plazuela cercana. Y como ya sabe usted que aquí en Tolosa nunca ocurre nada...

—Bueno; eso de que nunca, vamos a dejarlo —rechazó el capitán—. Porque últimamente el País Vasco está de lo más animado.

—Pero Tolosa, concretamente, no —insistí—. Por eso, en cuanto hay un enfrentamiento entre fuerzas del orden y fuerzas del desorden, nadie se lo quiere perder.

—Y así pasa lo que pasa —suspiró el oficial—: su marido por figar y nosotros por hacer ruido, provocamos un muerto tontorrón que a nadie beneficia.

—A ustedes, desde luego que no.

Y al decir esto hice un movimiento con la cabeza en dirección a la calle, donde la tormenta ya se había generalizado y el trueno que gritaba «¡asesinos!» alcanzaba su máxima potencia.

—Ya estamos acostumbrados —volvió a suspirar el capitán mientras sudaba con una intensidad que desmentía sus palabras—. Suponiendo que pueda uno acostumbrarse a este ingratisimo trabajo. Nuestra estúpida misión es disolver manifestaciones que podrían celebrarse perfectamente sin que nadie las disolviese, y enfrentarnos con grupos que nada nos han hecho y que nada nos harían si no nos enfrentáramos con ellos. ¿Querrá usted creer, señora, que las órdenes que hoy teníamos no eran más que éstas?: «Que los manifestantes no pasen de la Plazuela del Pelotari».

—¿Por qué no? —pregunté sorprendida.

—Eso nadie lo sabe. ¿Simple cabezonería del que manda? ¿Necesidad de poner un freno a los manifestantes para que no crean que todas las calles son suyas y pueden recorrerlas cuando se les antoje? ¡Vaya usted a saber! Para mí es un misterio.

Mientras el juez llegaba y Chus se desangraba en el balcón, el capitán y yo estuvimos un rato de palique. Sé que

puede parecer raro, e incluso cruel por nuestra parte, pero fue como si dijéramos una reacción de autodefensa frente a la tensa y dramática situación que estábamos viviendo. Charlando en tono natural y fluido, tratábamos de desdramatizar todo el horror que nos rodeaba: o sea el personal rugiendo en la calle, mi Chus muerto en el balcón y caído sobre la balaustrada... El palique intrascendente nos alejaba de la trascendencia de los acontecimientos que nos había tocado vivir. (Mi vieja amiga Nati, a la que dejé de ver mucho antes de mi matrimonio, estaría orgullosa de lo bien que explico las cosas).

—Otro aspecto de la cuestión que no entiendo —continuó con la charleta el capitán—, es el odio que nos tiene un sector del pueblo vasco. Desea a toda costa que nos marchemos, para sustituirnos por una policía nombrada aquí. Esta gente tiene una idea muy curiosa del orden público. Cree por lo visto que en cuanto las fuerzas del orden público dejen de estar formadas por forasteros de otras provincias, y las formen agentes reclutados en las Vascongadas, todo el mundo podrá hacer lo que le salga de las narices. Si yo por ejemplo me llamara Ñaqui Gorostiza y hubiese nacido aquí, ¿no tendría que aplicar la ley con el mismo rigor que llamándome Manolete Heredia y siendo andaluz de nacimiento? ¿No es absurdo pensar que la justicia será más tolerante cuando hable en vascuence?

Yo, la verdad, no sabía qué responder a estas preguntas que angustiaban al oficial, pero me daba cuenta de que tenían mucha miga.

A medida que caía la tarde, las sombras del atardecer iban envolviendo el balcón de mi casa y haciéndolo menos visible desde la calle. Con lo cual los ánimos de la multitud se iban calmando, pues ya se sabe que ojos que no ven, corazón que no siente. Y como a medida que se iba haciendo de noche al interfecto se le veía cada vez menos, los ánimos acabaron por serenarse completamente.

El pueblo en el fondo es muy inconstante, y pierde el interés por todos los espectáculos que duran demasiado. Esta fue otra de las observaciones que hice a lo largo de aquella tarde nefasta.

La manifestación se disolvió porque era la hora del cine, y en la sala mejor de Tolosa echaban la enésima película de esa serie interminable llamada *Emanuela*. Y ya que el personal había dedicado un par de horas a la violencia callejera, era justo y equilibrado que dedicara otro par al erotismo cinematográfico. La España de entonces, al fin y al cabo, vibraba únicamente con estos dos estímulos: el sexo y la violencia.

PEDAZO 2

EL JUEZ llegó bastante tarde porque yo, que soy muy malpensada, sospecho que también fue a ver *Emanuela*. Los jueces, al fin y al cabo, también son de carne de cañón. Y en cuanto certificó que el cadáver estaba muerto, cosa que ya sabíamos y que si a eso vino pudo ahorrarse el viaje, pudimos sacar a Chus del balcón donde estaba pillando un *rigor mortis* de aúpa.

Con ayuda de las vecinas, que en las pequeñas ciudades provincianas suelen ser muy morbosillas, organicé la capilla ardiente. Y no es por presumir, pero la verdad es que me quedó monísima. ¡Un sol de capilla ardiente! Porque cuando se tiene buen gusto, todo luce horrores. Y sin gastar un dineral, que es lo principal. Porque en eso se nota a la buena ama de casa: en que a todo le saca partido sin salirse de un presupuesto muy económico y sin despilfarrar.

Por si a alguna lectora de estos papeles puede serle útil, no tengo inconveniente en dar aquí mi receta para organizar una soberbia capilla ardiente.

Cójase una habitación amplia, a ser posible un comedor, y ciérrense las cortinas para lograr una atmósfera de penumbra y recogimiento. Búsquense después en los armarios las telas más lúgubres, procedentes de todos los lutos familiares, y cósanse juntas hasta formar una gran pieza que servirá para cubrir el túmulo.

Porque el túmulo, queridas amigas, es el elemento fundamental de toda capilla ardiente. Y vosotras me pregunta-

réis:

—¿Es difícil de preparar el túmulo?

Y yo os contesto:

—Pues no. El túmulo se prepara en un periquete apilando los libros que leía el difunto, y que ya no leerá nunca más.

Hecho el túmulo y cubierto con la gran tela lúgubre que hemos cosido previamente, colocamos sobre él al finado metido en su *cajita*. O sea, como quien dice, embalado para emprender su último viaje.

Como la caja ha de estar destapada, para que se vea al finado de cuerpo presente mientras recibe visitas de condolencia y se le rezan responsos, conviene acicalarle para que cause buena impresión. Para el acicalamiento de un muerto corriente y moliente, basta en general un poco del maquillaje que usa la viuda y que ella misma puede aplicarle con un poco de habilidad: unos toquécitos de colorete para dar un poco de vida a las mejillas cadavéricas, una pincelada de rímel para sombrear las cuencas cárdenas y las pestañas hirsutas, una pizca de carmín para reavivar los labios cianóticos... Hasta la viuda más inexperta es capaz de sacar partido al cuerpo de su marido, para que no haga mal papel en la capilla ardiente.

Pero no era éste el caso de mi Chus, que por no haber muerto de muerte natural sino accidental, ofrecía algunas dificultades para acicalarle. Aunque el balazo que se lo cargó le había entrado por la barbilla, al desplomarse sobre la balastrada del balcón no tuvo cuidado y se pegó en todo el morro. Con lo cual labios y dientes sufrieron el impacto y los destrozos correspondientes, destrozos que una ligera capa de maquillaje no era capaz de disimular. Tuve que recurrir a mis vecinas, a las que dirigí este cumplido previo:

—Ante todo quiero daros las gracias por lo mucho que me habéis ayudado a amortajar a mi Chus. No es por daros coba, pero la verdad es que amortajáis de maravilla.

—¡Bah! —rechazaron ellas el cumplido con modestia—. Lo mismo que amortajarás tú en cuanto tengas un poco de práctica. Le cogerás el tranquillo en cuanto te casquen media docena de parientes y un par de maridos. Ya lo dice el refrán: en morir y amortajar, todo es empezar.

—Insisto de todos modos —insistí— en expresaros mi agradecimiento. Y tendréis que ayudarme también a hacerle presentable para que pueda lucirse en la capilla ardiente. Como con el porrazo que se dio después de recibir el balazo puede decirse que se partió la boca...

—Eso no tiene problema, mujer —me dijo Menchu Iparraguirre, mi vecina del piso de abajo, que ya había enviudado dos veces y confiaba en enviudar la tercera porque ya se sabe que no hay dos sin tres—. Semejantes desperfectos pueden disimularse poniéndole una manzana entre ambas mandíbulas.

—¡Menchu, por favor! —exclamé escandalizada—. ¿Quieres que mi Chus parezca un cochinitillo asado?

—Pienso que sería el mal menor —opinó la Iparraguirre—. Porque algo habrá que ponerle en la boca para disimular los deterioros del porrazo. Y si es cierto que poniéndole una manzana parecería un cochinitillo asado, también lo es que si se le pone un ramito de perejil parecerá una ternera al horno. Y yo creo que tratándose de un hombre, mejor es darle apariencia de cerdo que de vaca. Vamos, digo yo.

—¿Y si le tapáramos la boca con un pañuelo negro, o un pasamontañas? —sugirió mi vecina Begoña Lerchundi, que tenía una lencería en la planta baja y no desperdiciaba ocasión para vender su mercancía.

—No quiero que parezca un terrorista —rechacé, pues aún no sabía algo que supe después, y los pasamontañas eran para mí no prendas para cruzar los montes, sino para ocultar las jetas.

Se me propuso entonces poner la cara de Chus en manos de un amigo que por ser taxidermista, o sea disecador

de bichos, podría reparar los destrozos causados en su físico.

—Ya sé que ésa no es exactamente su especialidad —admitió Menchu—. Pero me imagino que quien es capaz de diseccionar un jabalí, estará capacitado también para recomponer la cara rota de un señor.

La verdad era que todo el dinero que gastara en Chus sería una pésima inversión, ya que sólo estaría unas horas de cuerpo presente y después, fatalmente, el muerto al hoyo y el vivo al bollo. De manera que decidí ahorrarme la pasta del taxidermista, y arreglé la cuestión con una chapuza muy ingeniosa:

—No le pondremos ni una manzana —decidí—, ni tampoco un manojito de perejil. De este modo, evitamos que al finado pueda comparársele con los ganados porcino o vacuno. Le pondremos en la boca una rama de olivo, como símbolo de que Jesús Elorrieta siempre amó la paz y vivió pacíficamente sin meterse con nadie.

Mi decisión cayó muy bien entre la gente de orden y por lo tanto pacífica, pues la muerte de Chus había caldeado los ánimos hasta ponerlos al rojo vivo. La primera reacción de los obreros fue declarar la huelga general, como protesta contra el brutal comportamiento de las fuerzas de orden público.

Confieso que a mí misma me pareció esta medida desproporcionada para la magnitud del suceso, ya que la muerte accidental de un solo hombre no debe provocar el paro total de toda una provincia. Pero me explicaron que, desde la implantación de la democracia en el país, cualquier pretexto les venía de perlas a los trabajadores para dejar de trabajar.

—La lástima ha sido que a Jesús Elorrieta le hayan matado un miércoles —se quejaban los trabajadores—. Porque si llegan a matarle un jueves, habríamos hecho puente huelguístico hasta el lunes.

Aparte de esta huelga general, de la que sólo se beneficiaron los trabajadores no trabajando, hubo más individuos que quisieron sacar tajada de la muerte de Chus. Concretamente, todos los líderes de los partidos políticos con representación en el País Vasco. Porque todos ellos vinieron a visitarme a la capilla ardiente, uno detrás de otro, y todos más o menos me dijeron lo mismo:

—Aplaudimos su idea de despolitizar a Jesús Elorrieta colocándole en la boca una rama de olivo, símbolo de paz y concordia, pero supongo que usted podría declarar que su marido no era ajeno a las inquietudes políticas del país. Y que en el fondo de su corazón, simpatizaba con el partido que represento. A cambio de esa mentirijilla, nosotros convertiríamos a Jesús en un mártir de nuestra causa, con las consiguientes ventajas que todo martirologio trae consigo.

—¿Qué ventajas son ésas? —preguntaba yo por si me convenía la oferta.

—Pues manifestaciones convocadas en nombre de la víctima, carteles y pósters para popularizar su nombre y su efigie, celebración por todo lo alto de todos los aniversarios de su muerte... En una palabra: llegará a ser casi tan conocido como cualquier detergente. Mi partido estaría dispuesto a pagar una pasta por el fichaje de su esposo como mártir de nuestra causa. Esta oferta se le hace porque la democracia española está muy necesitada de mártires frescos, porque los de la guerra civil ya se han quedado rancios y nadie se acuerda de ellos. Si con un poco de habilidad convertimos a Jesús Elorrieta en héroe del pueblo asesinado por la fuerza pública, podríamos sacarle mucho jugo político.

Esto fue, poco más o menos, lo que me propusieron en la capilla ardiente los líderes políticos del abanico nacional. Y no me sorprendió que por formar todos parte de un abanico, fueran bastante frescos. Y de una frescura que coincidía en lo fundamental, o sea en la explotación del occiso.